

V. Blasco Ibáñez
Dos viajeros valencianos
(*El Pueblo*, 17-12-1897; *Revista Moderna de México*, diciembre 1907)

Hace algunos días habló *El Pueblo* de dos jóvenes valencianos que habían emprendido un viaje por el extranjero a pie y sin un cuarto y comenzamos en estas columnas la publicación de unas cartas que resultan animadas descripciones saturadas de luz y color

Los dos muchachos me escribieron y su carta ¡por qué no decirlo!, me causó satisfacción pues sin conocer a sus autores adiviné en ella cierto parentesco intelectual y hasta la posibilidad de que mis crónicas de viaje habían influido en la determinación de esta pareja de animosos jóvenes. Tal vez por timidez o por cierta coquetería interesante, los dos viajeros valencianos firmaban la carta con unas iniciales, no queriendo revelar sus nombres

Hoy ya sabemos quiénes son esos colaboradores voluntarios de *El Pueblo* que recorren Europa a pie siendo los primeros españoles que han adoptado esta originalísima manera de viajar tan generalizada en el extranjero.

Hemos procurado averiguar quiénes son estos animosos jóvenes que, deseosos de instruirse, de ver mundo, que es lo que más enseña, han emprendido tan audaz viaje.

José Segarra y Joaquín Juliá son dos jóvenes, casi obreros; dos alumnos de la Escuela de Artesanos que aprendieron en este respetable y benéfico centro de instrucción popular, el francés y otros conocimientos, y que ahora completan su educación realizando tan largo viaje. El señor Segarra es quien escribe esas cartas, que firma con el pseudónimo de Valentín, y nosotros afirmamos bajo nuestra palabra honrada que en las que van publicadas, con ser notables, no hemos tocado ni una coma y han ido a las cajas tal como las recibimos. El que a los veinte años escribe como Segarra y demuestra una cultura literaria tan extensa es un verdadero escritor y promete ser algo más cuando su talento entre en plena madurez. Su carta en la que daba cuenta de su visita a Mistral puede firmarla un escritor de renombre.

Produce satisfacción ser de un pueblo de cuya masa obrera salen jóvenes como estos. De ella salen los pintores que tan alto colocan el nombre de Valencia, y de ella también jóvenes como Segarra y Juliá, peregrinos del arte y la civilización, que andan pobres y solos por los caminos de Europa, sufriendo tal vez hambre, durmiendo muchas veces a la intemperie, con los

pies quebrantados por continuas marchas, guiados, como la mística estrella guiaba a los magos, por el santo deseo de ver, de aprender, de apreciar por sus propios ojos la historia y el arte, tantas veces entrevistas en los libros

No tienen dinero, como muchos que viajan con menos provecho que las maletas, pero poseen la fuerza de voluntad, y se lanzan por el mundo, no con el deseo de gustar nuevos placeres y apreciar en qué hotel guisan mejor, sino con el santo anhelo de aprender, de formarse un caudal de conocimientos, sufriendo para ello privaciones y miseria

El ejemplo de esos dos jóvenes obreros resulta de una poderosa elocuencia: honran ellos a Valencia doquiera vayan, dan a entender que existe aquí un pueblo instruido capaz de todo para aumentar su ilustración. Y mientras tal hacen, queda en España otra juventud que no viste blusa, que estrena traje todos los meses, y esclava de la imbecilidad y la ignorancia, en vez de ser una esperanza del porvenir, resulta una calamidad del presente...

Mientras dos valencianos *de blusa* van a visitar a Mistral, conmovidos por la veneración que infunde un genio aclamado por Europa entera, muchos señoritos tan orgullosos de su ropa y que hablan con desprecio de la *gente baja*, se verían negros si alguien les preguntara quién es ese Mistral que conocen los alumnos de las Escuelas de Artesanos.

Hay clases, sí; en la actual situación hay parias y privilegiados; pero los parias despreciables son los esclavos de la brutalidad dorada, de la embriaguez por vicio y de la vagancia por costumbre; y los privilegiados, los que merecen toda la consideración y el respeto de las gentes honradas, son los que trabajan, los que producen, los que piensan, los que sirven para algo, los que llevan en torno de sí un ambiente de cultura y no los que huelen a vinazo y mancebía.

Hoy los títulos al respeto y al aprecio público vienen de abajo

En el árbol social se verifica una poda justiciera. Las ramas de arriba que están secas por ser improductivas —organismos roídos por el alcoholismo y las enfermedades vergonzosas— apenas se mueven y pretenden dar señales de vida con escandaloso rumor, caen tronchadas por la fuerza de los retoños sanos, vigorosos y activos que vienen de abajo, como hermosa renovación de la vida.